



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12548

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

VIERNES 4 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballos 15

Rectifiquemos

O por deficiencias de información ó por errores de la misma, es lo cierto que no nos satisfacen los conceptos puestos en boca del ministro de Marina al explicar éste á los periodistas sus impresiones sobre los arsenales.

Pero no hablemos en plural. ¿Para qué? Fué este arsenal junto con los otros cuando se reclamó su ayuda; pero si alguna vez se repartió trabajo, ellos quisieron la parte del león, olvidándose de la equidad, y si alguna vez fué necesario alegar méritos para alcanzar la preferencia, cada uno procuró oscurecer los de los demás, si es que no los negó.

Dejemos, repelimos, el plural, porque ha llegado un tiempo en que es preciso que cada establecimiento naval del Estado defienda su vida sin parar mientes en lo que piensan, quieren y sienten los demás.

Y vamos al asunto. La prensa ha publicado las impresiones del ministro de Marina en su visita á los departamentos, y ha dicho que «está satisfecho de las atenciones que ha recibido en su viaje, pero no de los arsenales de Cádiz y Cartagena, en los que ha notado no pocas deficiencias,

abusos y abandono por un mal entendido espíritu de economía, que debe remediarse.»

¡Abusos!

Seguramente no ha empleado el ministro esa palabra para el arsenal de Cartagena, porque si hay en España un establecimiento del Estado que nada pida ni nada solicite, ni procure torcer la voluntad ministerial, es este arsenal de Cartagena, que vió reducida de golpe su maestranza en un tercio al terminar las guerras coloniales y no opuso la más débil protesta á aquella dolorosa amputación.

El ministro quedó satisfecho del almacén general y talleres. En el primero pudo enterarse por sí mismo del historial de cada género. En los segundos vió funcionar los útiles más ó menos modernos; mas si son antiguos y eso constituye un abuso, no creemos que sea del arsenal.

¿Que ha visto deficiencias?

Lo raro sería que viniendo á inspeccionar no las viera. Pero, ¿quién tiene la culpa de esas cosas que ha visto el ministro?

La tiene el abandono, y de éste no se puede culpar á los jefes del establecimiento ni á la contabilidad del mismo, ni á los maestros de los talleres ni á los obreros que trabajan, sino á ese «mal entendido espíritu de economía que debe remediarse.»

Las economías bien ó mal entendidas—mal entendidas siempre—vienen del ministerio; de modo que á él son imputadas esas deficiencias de que habla Cobian.

¿Por qué no se adquiere una máquina para voltear ó curvar planchas? ¿Porque cuesta dinero y el ahorrarlo es una economía?

Pues por eso mismo se voltean á porrazos y se gasta más jornales y tiempo. Lo que no va en lágrimas va en suspiros.

Afirma el ministro que con un gasto de cien mil pesetas para utilizar las aguas que este Ayuntamiento cedió á la Marina, se reducirían de un modo considerable los excesivos gastos que pagan hoy por aguada los buques de guerra, pues satisfacen quince pesetas por cada tonelada de agua que toman.

Aparte de que ese precio debe estar equivocado, porque las compañías aguadoras de Cartagena dan el agua á una y media pesetas el metro cúbico, ó sea la tonelada, y las que sirven á los buques del puerto que tienen algibes flotantes, venden á tres y media pesetas la misma unidad, hemos de decir que el agua cedida por el Ayuntamiento está entrando en el arsenal antes de hacer nosotros nuestra entrada en el mundo, y ya ha llovido desde entonces.

Esas aguas se vienen empleando en diferentes usos; pero como no son potables ni creemos que sean muy útiles para las calderas de las máquinas, se ha podido hacer muchos años contratar el servicio con las compañías, obteniendo ventajas como la obtenida por la fábrica de electricidad Alhemeyer, que paga una peseta por cada tonelada.

Queda demostrado que de todo

cuanto se acusa á este arsenal—ó parece acusarse—no tienen la culpa los de dentro del mismo, sino los que dirigen desde arriba, es decir, los que al consignar cantidades para los servicios las reducen, creyendo que así se hacen las economías, cuando en realidad se llama eso miseria.

Y resulta lo que ha de resultar: que pagamos esa miseria á peso de oro.

Conste, pues, que al hablar el ministro de deficiencias y abandonos, ha estado en lo cierto, y al decir que hay que remediarlo, también. Pero al hablar de abusos no ha debido referirse al arsenal de Cartagena.

Seguramente no ha sabido oír la información al hablar el ministro.

TUJENSTAZOS

El gobernador de Cartagena ha impuesto una multa de cincuenta pesetas al dueño de una imprenta donde se han impreso unos libros pornográficos.

Ya descomparáramos de que se impusieran esas clases de multas.

Pero no se duerma la autoridad en la suerte si no quiere que se le acuse de parcial.

Se publican en la capital del principado unos periodiquitos...

Vamos, está haciendo falta una lluvia de multas.

Y si se vuelve á reincidir, un chaparrón.

Dice «La Publicidad» de Barcelona:

«Ayer mañana fué detenida en el mercado de San Antonio una mujer que se dedicaba á pagar con monedas falsas todo cuanto en él compraba.»

Si se ha enterado de que todo cuanto se vende está falsificando casi hacia bien.

Por Avila ha pasado una ráfaga que ha

er = nado árboles, chimeneas, persianas, etcétera y demás.

Y en Sevilla no se muere el viento y se asfixia la gente.

Ni tanto ni tan poco.

Se dijo que el vapor «Sagunto», que salió de este puerto, cedió á pique al entrar en el de Barcelona, al vapor «Francoll».

Y vino la primera rectificación y supimos que el «Francoll» no era un vapor sino una draga.

Y viene ahora la segunda que nos dice que no era una draga sino un ganguil.

Si viene la tercera se va á convertir el «Francoll» en chinchorro.

Y si viene la cuarta no va á haber colisión ni naufragio ni nada.

Qué manera de echar hierro á las noticias y qué modo de quitárselo luego.

Así resulta que se va en Cádiz á pique una lancha y al llegar á Viena la noticia se convierte aquella en un acorazado.

Hay que comprimirse manteniéndose en el campo de la realidad.

Dice un periódico:

«A pesar del poco tiempo que hace que el tranvía de Barcelona á Badalona cambió la tracción de vapor por la eléctrica, han sucedido ya varias desgracias terribles, lo que tiene indignados á los vecinos de aquella pacífica ciudad.»

La verdad es que la electricidad va resultando un progreso un tanto peligroso y ya caiga de los nubes en forma de zig zag ó vaya guiada por un cable, su objetivo es el hombre para hacerlo polvo.

Eso sí, como medio de viajar no hay otro más rápido. En un santiamén pasa un individuo de este al otro mundo.

En la provincia de Pontevedra opera una partida de ladrones.

Ni conoce la fatiga ni se detiene ante las dificultades.

Hace días robaron á un cura.

Después le han dado un asalto á uno de los que allí llaman indios.

Y el día que se les ponga en la cabeza se encuestan á la policía para poder opear sin estorbos.



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.



DOS MISERIAS

35

—¿Por qué? ¡vaya una pregunta! Como si fuera decente que una señorita jugara con muchachos de la calle! Ya sabe la señora lo que se hace. Hace ya ocho días que había prohibido á su sobrina que hablara contigo...

—¡Ah! por eso estaba tan cortada cuando yo quería jugar con ella?

—Pues claro está; como que cada vez que jugaba contigo le costaba una zorra.

—¿Le pegaba?

—Sí, sí; la señora tiene la mano ligera; antes de ayer le llevó un brazo de cordales al advertirle que no tenía que bajar más al patio.

—¿Y nada me había dicho!—exclamé.

—¿Por qué no se lo decía á Luis?—preguntó la portera.

—Eso mismo le he dicho yo; y ¿sabéis lo que me ha contestado? que le daba pena humillarle. ¡Que opricho! ¡Humillar á un muchachuelo de la calle!

Y las dos mujeres celebraron la ocurrencia con una carajada; pero yo ya no las oía. La idea de que Cecilia había sufrido por mí en silencio amenazas y castigos, me tenía fuera de mí.

Subí á nuestro cuarto en el corazón henchido de dolor, y hubiera dado cualquier cosa por tener allí á Cecilia, por poderla estrechar en mis brazos como á una hermana; pero al mismo tiempo experimentaba una

34 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ventanas de su casa. Por fin una tarde que yo la obligaba á sentarse á mi lado para leer juntos como de costumbre, una ventana se abrió y su tia llamó á Cecilia; la niña se levantó trémula y al levantarse dejó caer el libro que tenía en la falda.

—¿Otra vez?—exclamó la marquesa con tono irritado.

—Tía...—murmuró la niña con acento trémulo.

—Subid,—dijo la marquesa con acento imperioso.

La niña bajó en mi mirada cariñosa, bajó la cabeza y desapareció. Sorprendíame no poco aquella escena y permanecí inmóvil sin saber por qué. Aguardaba con angustia que llegara el siguiente día para interrogar á Cecilia, pero ni ha-ó al siguiente, ni ya en ninguno de los sucesivos... Una sola vez la apercebi por entre unos cristales mirando tristemente al patio; pero cuando iba á hacerme una seña, alguien debió retirarla violentamente de la ventana.

—Pocos días después entraba yo en la portera á dejar la llave de nuestra habitación cuando salió la doncella de la marquesa; al verme se detuvo y dijo:

—Calle, ¿eres tú, granuja, la causa de que peguen á la señorita Cecilia.

—¡Yo!—repuse acobrado.

—Claro está. ¿No sabes que su tia te ha prohibido jugar contigo?

—¿Por qué?

DOS MISERIAS

31

—Fuese que no hubiere emigrado, fuese que una parte de sus bienes hubieran escapado á la confiscación general era lo cierto que había conservado lo suficiente para vivir en una holgura que á nosotros, pobres infelices que de todo carecíamos, nos parecía el extremo de la opulencia. Tenía consigo á una sobrina á quien la revolución había dejado sin otro auxilio que el suyo, pero veíase al primer golpe de vista que el orgullo y no la ternura había presidido á esta adopción: demasiado altiva para dejar abandonada á una niña que llevaba el apellido de Cloumbeau, había sido demasiado egoísta para dejar de hacerle sentir el peso de su beneficio, dándole á entender que por respeto humano soportaba aquella pesada carga.

La niña sentía dolorosamente el peso de esta protección porque era su alma delicada, sensible. Sin embargo aunque con profundo aflicción se sometía dando una prueba de su angelical carácter y aceptaba el duro beneficio respetando, y bendiciendo á su tia y con ella á Dios.

Cecilia, que así se llamaba la niña, bajaba con alguna frecuencia á jugar al patio que separaba los dos cuerpos del edificio; teníamos la misma edad, nos veíamos igualmente privados de todo afecto y en breve nos vimos unidos por un cariño sin límites por más que mis harapos me hubieran hecho tímido para acercarme á ella el primero. Ella dió el primer paso para